

GRAN SUPER FICCIÓN

# JACK VANCE

Autor ganador de los Premios Hugo y Nebula

## THROY

Crónicas de Cadwal



La Reserva de Cadwal tiene una nueva Carta, conseguida mediante el coraje del joven Glawen Clattuc y de la bella y emprendedora Wayness Tamm. Pero aunque el documento ha permitido que se pueda seguir manteniendo la integridad natural del planeta, no ha logrado imponer la paz entre sus habitantes. En su lugar, ha polarizado a la población en dos facciones que se enfrentan casi abiertamente.

Las fuerza que se oponen a la Reserva, dirigidas desde el exilio, siguen intentando abrir Cadwal a la explotación comercial. Y una facción extremista está dispuesta a lograr sus objetivos recurriendo a la violencia y a cualquier medio que considere necesario.

Glawen, ascendido al grado de comandante de las fuerzas policiales de Cadwal, recibe como misión detener a los cabecillas de la conspiración, para lo cual deberá buscarlos en cualquier lugar del Manojó de Mircea en que hayan podido buscar cobijo.

## **La conclusión de un ciclo singular y apasionante.**

La Estación Araminta, el centro administrativo de la Reserva de Cadwal, se ha convertido en una sociedad cerrada en sí misma y regida por costumbres tan pragmáticas como peculiares. Cadwal, un mundo de extraordinaria belleza natural, fue descubierto por un miembro de la Sociedad Naturalista de la Tierra y, poco después, declarado reserva natural de acuerdo con su documento de constitución, la Carta.

Glawen Clattuc, un joven esforzado que logró la ciudadanía de Cadwal por méritos propios, ha venido descubriendo diversos indicios de una conspiración que pretende acabar con la Reserva. Desde su ingreso en el Negociado B, la fuerza policial de la Estación Araminta, ha podido frustrar en varias ocasiones los planes de diversos personajes que actuaban desde dentro y fuera del planeta. Pero también ha encontrado un aliado valioso en la joven Wayness Tamm, a la que ha llegado a querer profundamente.

Wayness viajó hasta la Vieja Tierra tras saber que la Carta había desaparecido, y después de una larga investigación que culminó felizmente con ayu-

da de Glawen, ambos jóvenes han logrado establecer un nuevo documento que protege definitivamente la integridad de Cadwal de cualquier maniobra política. Sin embargo, los personajes que ambicionan la apertura de Cadwal en provecho propio no están dispuestos a dejarse detener, y la violencia se desata finalmente en el apacible mundo de Cadwal.

En *Throy* se cierran por fin todas las líneas argumentales abiertas en los dos volúmenes anteriores de la serie, *Estación Araminta* y *Ecce y la Vieja Tierra*. En contraste con ellos, el estilo característico de **Jack Vance** se encuentra en esta ocasión privado de buena parte de su ropaje descriptivo, concentrándose en relatar los acontecimientos de una forma eficaz y directa. Esta particularidad responde al hecho de que Vance, de edad avanzada, había perdido la vista poco antes de su escritura, y ésta se llevó a cabo dictándosela a un ordenador.

*Throy* constituye, pues, el singular y brillante colofón de la obra única e irrepetible de un veterano de la ciencia ficción que ha sabido llegar hasta el final de su carrera con una dignidad ejemplar.

**La última gran novela de un maestro.**

Para Cornelis «Pam» Pameijer,  
genio de amplias perspectivas, visionario y percusionista.  
Saludo también a esa alegre pandilla  
de Águilas Negras  
con la que está tan felizmente asociado.

# Introducción

## 1. El Sistema de la Rosa Púrpura

(Extractos de *Los planetas del hombre*, 48.<sup>a</sup> edición).

A mitad del Brazo de Perseida, cerca del borde de la Extensión Gaénica, un caprichoso remolino de la gravitación galáctica ha atrapado diez mil estrellas, desviándolas en un torrente que forma ángulo, con una espiral ensortijada en el extremo: es el Manojó de Mircea.

A un lado de la espiral, como a punto de caer en el vacío, se encuentra el Sistema de la Rosa Púrpura, que comprende tres estrellas: Lorca, Sing y Syrene. Lorca, una enana blanca, y Sing, una gigante roja, se mecen muy cercanas alrededor de su centro de gravedad mutuo, como un corpulento y anciano caballero de cara sonrosada que bailara un vals con una delicada y menuda doncella vestida de blanco. Syrene, una estrella blancoamarillenta de tamaño y luminosidad corrientes, gira en órbita alrededor de la pareja enamorada a prudente distancia.

Syrene controla tres planetas, incluido Cadwal, un planeta similar a la Tierra de diez mil quinientos kilómetros de diámetro, con una gravedad cercana a la de la Tierra.

(Se omite la lista y análisis de las características físicas).

## 2. La Sociedad Naturalista

El localizador R. J. Neirmann, miembro de la Sociedad Naturalista de la Tierra, fue la primera persona que exploró Cadwal. Su informe provocó el envío de una expedición, que corroboró las líricas descripciones de Neirmann. Cadwal era, en efecto, un planeta magnífico, de hermosos paisajes, clima benigno y, además, con una flora y fauna de fascinante diversidad. La Sociedad Naturalista registró Cadwal a su nombre, recibió la concesión a perpetuidad, y declaró de inmediato Reserva al maravilloso nuevo mundo, protegido para siempre de la rapiña, la vulgaridad y la explotación comercial.

Una Carta Magna definía la administración de la nueva Reserva y especificaba los límites tolerables de introducción en la ecología.

Los tres continentes, Ecce, Deucas y Throy, eran muy diferentes. La Estación Araminta, núcleo administrativo del planeta, ocupaba un área de ciento cincuenta kilómetros cuadrados en la costa este de Deucas, el más hospitalario de los continentes. La Carta autorizaba una cadena de albergues rurales, situados en lugares de especial belleza o interés, para el disfrute del personal administrativo, miembros de la Sociedad Naturalista, científicos y turistas.

### 3. El planeta Cadwal

Los tres continentes, Ecce, Deucas y Throy, estaban separados por grandes extensiones de océano desierto, carentes de islas o masas de tierra, salvo unas pocas excepciones: el atolón Lutwen, la isla Thurben y la isla del Océano, todas de origen volcánico y situadas a corta distancia de la costa este de Deucas.

Ecce, largo y estrecho, se extendía a lo largo del ecuador, una lisa franja de selvas y pantanos, atravesada por multitud de ríos perezosos. Ecce bullía de calor, hedor, color y actividad famélica. Feroces animales se cazaban mutuamente por todos sus rincones, y ningún ser humano se ponía a su alcance.

Tres volcanes se alzaban sobre el llano paisaje. Dos de ellos, Rikke e Imfer, eran activos; Shattorak estaba dormido.

Los primeros exploradores prestaron poca atención a Ecce, al igual que los estudiosos posteriores, y Ecce, después de la primera avalancha de investigaciones biológicas y topográficas, continuó siendo un territorio abandonado y desconocido.

Deucas, cinco veces más grande que Ecce, abarcaba casi toda la zona norte, de clima templado, en el extremo opuesto del planeta, con Cabo Journal como extremo sur del continente, situado al final de una larga península triangular, alejada mil quinientos kilómetros del ecuador.

La fauna de Deucas, ni tan grotesca ni monstruosa como la de Ecce, era salvaje y formidable en muchos casos, e incluía varias especies semiinteligentes. La flora recordaba a la de la Vieja Tierra, hasta tal punto que los primeros agrónomos pudieron introducir especies terrestres en la Estación Araminta, como bambú, cocoteros, vides y árboles frutales, sin temor a causar un desastre ecológico<sup>[1]</sup>. Throy, al sur de Deucas y de igual superficie que Ecce, se extendía

desde el casquete polar hasta la zona sur templada. La topografía de Throy era la más impresionante de Cadwal. Riscos escarpados se elevaban sobre abismos; bosques oscuros rugían, azotados por el viento. Cuando las tormentas se desataban sobre el gran océano, olas de treinta metros, y en ocasiones de sesenta, se estrellaban contra los acantilados del País de Peter Bullis, provocando ominosos sonidos y alterando el paisaje.

## 4. La Estación Araminta

En la Estación Araminta, un equipo permanente de, en teoría, doscientas cuarenta personas controlaba la Reserva y defendía los términos de la Carta. De puertas afuera, la estructura administrativa era sencilla. Un Conservador coordinaba el trabajo de los seis negociados<sup>[2]</sup>.

Los primeros seis superintendentes fueron Deamus Wook, Shirry Clattuc, Saul Diffin, Claude Offaw, Marvell Veder y Condit Laverty. A cada uno se le asignó un equipo de cuarenta personas. El nepotismo había sido la regla, más que la excepción. Cada superintendente de Negociado solía elegir a su personal entre sus parientes y miembros de las cofradías profesionales. La práctica, como mínimo, dotó a la primitiva administración de una cohesión que, en caso contrario, no habría existido.

Al cabo de muchos siglos, habían cambiado bastantes cosas. El primitivo poblado se había transformado en un núcleo urbano dominado por seis edificios palaciegos, donde vivían los descendientes de los Wook, Offaw, Clattuc, Diffin, Veder y Laverty. Cada Casa había desarrollado su personalidad diferenciada, que sus residentes compartían, de modo que los discretos Wook se distinguían de los petulantes Diffin, como los prudentes Offaw de los temerarios Clattuc.

La Estación pronto contó con un hotel para alojar a los visitantes, un aeropuerto, un hospital, escuelas y un teatro, el Orfeo.

Cuando los subsidios procedentes de la sede central de la Sociedad, en la Vieja Tierra, menguaron, para desaparecer por completo al cabo de un tiempo, fue necesario conseguir divisas. Los viñedos plantados en el enclave empezaron a producir excelentes vinos, y se alentó a los turistas a visitar los albergues rurales.

A lo largo de los siglos, algunos problemas se agudizaron. ¿Cómo podían funcionar tantos proyectos con una dotación de tan sólo doscientas cuarenta personas? Era precisa cierta flexibilidad. De entrada, se permitió a los colaterales<sup>[3]</sup> acceder a cargos medios de la Estación. Gracias a una lectura superficial de la Carta, hijos, jubilados, personal doméstico y «trabajadores temporales sin residencia permanente» fueron exentos del límite de cuarenta personas. La expresión «trabajador temporal» incluía a agricultores, empleados de hotel, mecánicos del aeropuerto y, en suma, trabajos muy dispares, y el Conservador hacía la vista gorda mientras a esta mano de obra no se le concediera la residencia permanente.

En la Estación Araminta siempre se había necesitado mano de obra abundante, barata y dócil. ¿Cuál había más cercana, sino la población del atolón Lutwen, cuatrocientos cincuenta kilómetros al noreste de la Estación? Eran los yips, descendientes de siervos fugitivos, inmigrantes ilegales y otros, quienes de manera furtiva al principio, y después abiertamente, se habían instalado en el atolón Lutwen.

Los yips satisfacían la necesidad de trabajo barato, y se les concedían permisos para trabajar en la Estación Araminta durante seis meses.

Más tarde, esta permisividad terminó, pero los yips ya eran tan numerosos que superpoblaban el atolón Lutwen. Amenazaban con invadir Deucas en gran número y acabar con la Reserva.

Pese a su origen vulgar, los yips no carecían de atractivos. Los hombres eran de buena estatura y cuerpo esbelto, luminosos ojos color avellana, facciones bien dibujadas, cabello y piel del mismo color dorado. Las muchachas yips no les iban a la zaga, y eran famosas a lo largo y ancho del Manajo de Mircea por su amabilidad, docilidad y dulzura, así como por su férrea castidad, a menos que recibieran unos honorarios adecuados.

Los yips y los gaénicos normales era mutuamente infértiles. Tras años de especulaciones, el eminente biólogo Daniel Temianka, que estudiaba la dieta yip, localizó cierta molécula que vivía en el limo de Yipton, y que actuaba como agente anticonceptivo. Este descubrimiento también subrayó el hecho de que, cuando los yips iban a trabajar a otros planetas, no tardaban en recuperar la capacidad procreadora normal.

Para los administradores de la Estación Araminta, la prioridad más urgente se había convertido en dispersar a la población yip por otros planetas.

Hasta el momento, unos mil yips habían sido trasladados por Namour, un Clattuc colateral y, al mismo tiempo, coordinador laboral de la Estación Araminta. Su método era legal, y no demasiado perjudicial. Vendía aprendices a rancheros extraplanetarios necesitados de obreros. Los aprendices pagaban su transporte y la tarifa de Namour, lo cual le proporcionaba considerables beneficios. La justicia persiguió a Namour, quien ya no continuó sus negocios. Además, el mercado de mano de obra yip no había aumentado, puesto que los yips no parecían comprender la racionalidad del sistema de aprendizaje: ¿por qué tenían que pagar los gastos de transporte cuando ya habían llegado a su destino? Trabajar por nada se les antojaba un puro desatino.

## 5. El Conservador y el Naturalista de Stroma

Durante los primeros años de la Reserva, cuando los miembros de la Sociedad visitaban Cadwal, se presentaban como si tal cosa en la Casa del Río, con la esperanza de recibir alojamiento. A menudo, el Conservador se veía obligado a atender hasta dos docenas de invitados al mismo tiempo, ya fuera para proseguir sus investigaciones o para disfrutar del entorno de Cadwal.

Al fin, uno de los Conservadores se rebeló e insistió en que los visitantes Naturalistas vivieran en tiendas plantadas en la playa y cocinaran en fuegos de campaña.

Durante el cónclave anual de la Sociedad, se presentaron varios planes para solucionar el problema. La mayoría toparon con la oposición de los Conservacionistas estrictos, los cuales se quejaron de las sucesivas artimañas que iban despojando a la Carta de todo contenido. Otros dijeron: «Perfecto, pero cuando vayamos a Cadwal para llevar a cabo investigaciones, ¿tendremos que vivir en la miseria? Al fin y al cabo, somos miembros de la Sociedad».

Al final, el cónclave adoptó un astuto plan, propuesto por uno de los Conservacionistas más radicales. El plan autorizaba un nuevo establecimiento en un lugar específico, que no pudiera perjudicar al entorno. Resultó ser un acantilado que dominaba el Fiordo de Stroma, en Throy, un lugar casi cómicamente inadecuado, con la intención de desalentar a quienes habían propuesto el plan.

Sin embargo, el reto fue aceptado. Stroma se convirtió en una ciudad de casas altas y estrechas, intrincadas y pintorescas, pintadas en tonos oscuros, con las puertas y ventanas de color blanco, azul y rojo. Vistas desde el otro lado del fiordo, las casas de Stroma parecían aferrarse al acantilado como percebes.

Muchos miembros de la Sociedad, tras una estancia temporal en Stroma, consideraron atractiva la calidad de vida, y con el pretexto de alargar las investigaciones se convirtieron en el núcleo de una población permanente, que en algunos momentos alcanzó la cifra de mil doscientas personas.

Con el paso de los siglos, las condiciones especiales de Stroma (aislamiento, la tradición erudita, una etiqueta que definía la conveniencia de cada acto) dieron lugar a una sociedad en que el intelectualismo doctrinario coexistía con una pintoresca sencillez bastante pasada de moda, aliviada de vez en cuando por la excentricidad.

La mayor parte de los ingresos de Stroma procedían de las inversiones extraplanetarias; la gente de Stroma viajaba a otros planetas siempre que podía y gustaba de considerarse «cosmopolita».

En la Tierra, la Sociedad Naturalista cayó, víctima de un liderazgo débil, el desfalco de un secretario ladrón y la falta general de objetivos. El número de miembros disminuyó año tras año, en general debido a su fallecimiento.

En la Casa del Río, un kilómetro y medio al sur de la agencia, vivía el Conservador, Superintendente Ejecutivo de la Estación Araminta. Según los términos de la Carta, era un miembro activo de la Sociedad Naturalista. Reducida la Sociedad a poco más que un recuerdo, la directiva se interpretaba a la ligera y, al menos a este respecto, los residentes de Stroma eran conocidos de manera oficial como «Naturalistas», y considerados equivalentes a miembros de la Sociedad, aunque no pagaran la cuota y no participaran en las actividades de la Sociedad. Una facción de Stroma, que se autodenominaba «Partido de la Vida, Paz y Libertad», empezó a defender la causa de los yips, cuya situación consideraban intolerable, una lacra en la conciencia colectiva. La única solución a tan lamentable estado de cosas consistía en permitir establecerse a los yips en Deucas. Otra facción, los «Cartistas», reconocía el problema, pero

proponía una solución que no transgrediera la Carta, es decir, expulsar a los yips a otros planetas. ¡Poco realista!, exclamaban los VPL y criticaban la Carta con mayor énfasis todavía. Afirmaban que la Reserva era una idea arcaica, anti-humanista y retrógrada. La Carta necesitaba desesperadamente una revisión, con el fin de aliviar la difícil situación de los yips, cuando menos.

Los Cartistas, en respuesta, insistían en que tanto la Carta como la Reserva eran inmutables. Proclamaban su sardónica sospecha de que el fervor del VPL era hipócrita e interesado; que los VPL deseaban que los yips se establecieran en la playa de Marmion para sentar un precedente que permitiera a unos cuantos Naturalistas poco escrupulosos (los más fervientes y radicales activistas del VPL, por supuesto) establecer haciendas en los hermosos campos de Deucas, donde emplearían a los yips como criados y agricultores, y vivirían como señores. La acusación provocó airadas protestas de los VPL, que sólo sirvieron para reforzar las más feroces sospechas de los Cartistas. Éstos aseguraron que la vehemencia de sus protestas no hacía más que subrayar sus ocultas ambiciones.

En la Estación Araminta no se tomaba en serio la ideología «progresista». Se reconocía que el problema de los yips era real y grave, pero se rechazaba la solución del VPL, puesto que cualquier concesión oficial formalizaría la presencia de los yips en Cadwal, y todos los esfuerzos debían ir en dirección contraria, por ejemplo, trasladar a toda la población yip a un planeta donde su presencia fuera útil y deseada.